

# REPORTAJE EN BELLAS ARTES

Cuando supimos que Enriqueta Díaz Wendorff, a quien no conocíamos, había sido elegida Reina de la Primavera en la Escuela Nacional de Bellas Artes, tratamos de obtener su opinión y puntos de vista sobre algunos tópicos de permanente interés para revistas como la nuestra. No una sino varias, fueron las veces que conversamos animadamente sobre los mil y un temas que nutren a los perennes estudiosos del Arte. Pero sólo uno presidió, en última instancia, los diálogos: la Pintura. Como es lógico, la crisis universitaria y pedagógica condicionó los primeros conceptos. Concordamos en establecer y confirmar el deficiente estado de preparación técnica en nuestra Escuela Nacional de Bellas Artes. Nuestros más altos valores pictóricos, dicho sea de paso, han aprendido más por su propia cuenta que en dicho centro de enseñanza. Pero éste es un requisito casi indesligable de todo creador: no puede deber nada a las Academias o Institutos. Los razonamientos sucesivos nos llevaron a la convicción de que se impone un remozamiento en nuestro centro de estudios. Puede ser que los vientos de San Marcos aireen la cada vez más estática disciplina en uso. Nuevas concepciones, nuevos métodos, novísimas técnicas, son por completo desconocidas en la Escuela Nacional de Bellas Artes. ¿Cuál es el problema? ¿Dinero? ¿Capacidad? ¿Entusiasmo? ¿Profesores? ¿Alumnos? Lo importante es trabajar por la solución eficaz de los escollos. Y no seguir formando promociones que se arrodillan ante Francia. Indudablemente,



ENRIQUETA DIAZ WENDORFF

el problema se amplía hasta la propia vida: todavía no sabemos encauzar nuestros propios pasos, ni sufrir nuestras angustias. Aun ahora seguimos sollozando con lo foráneo, mientras que lo nuestro se esfuma y agoniza en espera de nuestra intervención. Pero, como en muchos aspectos, la solución no está solamente en la Escuela. Es patrimonio y resultante de toda una mentalidad de esclavos de Europa o de los yanquis, lo que nos obsede y perjudica. Pero alienta bastante el saber que las nuevas promociones conocen el problema y tienen la firme decisión de cooperar en su solución.

Enriqueta Díaz Wendorff expresó su preferencia por los "impresionistas". Sin ánimo de modificar sus apreciaciones, nos pareció que un espejismo encandilaba sus glaucos y tranquilos ojos de pintora. Como en Norah Borges, como en las aguadas españolas del XIX, o en las xilografías de Beardsley, la línea domina su concepción plástica. El impresionismo — y no queremos pontificar — persiguió

más bien una educación del color y el subordinamiento del efecto final a la mayor o menor presencia de la luz. Si bien Turner, y el mismo Gainsborough, habían precedido a la escuela francesa definitiva, los valones y norgálicos del Ochocientos, se obsedieron con ciertos planteamientos lumínicos. Pero en nuestro Perú, donde salvo esta Lima de nubarrones y "camanchacas", el Sol plantea a cada instante su primigenia paternidad incaria, no cabe conceder a la luz problemas de vigencia europea, asuntos que conciernen a estadios de diferente ritmo cultural al nuestro. Si bien es cierto que Europa nos nutre y alimenta, no menos valdiera es la imperiosa necesidad de usar nuestros ojos y manos para redescubrir un paisaje que estamos enterrando. ¿Ha vislumbrado alguien la Sierra en nuestros cuadros? ¿Hay una tela que haya dado el indicio de nuestra Selva? ¿En qué marco hemos entrevisto la Costa desértica, la tablada sugerente, el atractivo del Mar? No. Nosotros hemos estado con la cabeza vuelta a retaguardia, hurtando motivos a las revistas de lengua extranjera, ostentando como prosapia los términos de acento circunflejo o los vocablos de germana pronunciación. Y así enterramos nuestra literatura y hemos estado escribiendo el certificado de inepticia de nuestra pintura. Por eso, representó un inmenso placer para nosotros el saber que Enriqueta Díaz Wendorff se adhería a este auscultar de situaciones que tanto han anemizado nuestro organismo social. Colonialismo, dependencia, servilismo, esclavitud: y el lógico cortejo de mediocridad, repetición, monotonía, que, con muy pocas excepciones, tanto han embadurnado el caballete o los rarísimos murales que no se han empastelado en el país.

Al término del último encuentro, dos sentimientos opuestos se dieron cita para suscribir estos conceptos: el pesimismo obligado que todo nuestro atraso provoca y el tremendo anhelo de dar un vuelco a la medalla de la historia. Y es que los fenómenos estéticos, o las causas que los producen, nacen del mismo impulso que erupciona en los trastornos de todo orden. Es decir, de la fe inconvencible que resulta tras haber mirado, sin antojeras extranjerizantes, todo problema que repercute como una herida más. Y ya representa un tremendo avance el saber que lo poco que hagamos no estará subordinado a las coordenadas europeas ni a los nombres considerados como insuperables. Nadie es meta, en Arte. Ni en nada. Y ni Picasso, ni Cézanne, ni Rouault, ni Braque, han dicho la última palabra. Trabajo, dedicación, estudio, infatigable buceo, he ahí los imponderables. No hay otros. Sin lugar a dudas: he aquí una legítima Reina de la Primavera. De esa eterna Primavera del Espíritu que sólo se adquiere al servicio de lo eterna inquietud.

M. S. M.

Galería de Lima, coliseo de maduros exponentes de la pintura, acogió los trabajos de Francisco Espinoza Dueñas del 25 de Agosto al 6 de Setiembre pasados. Como toda obra de pintor que comienza (aun cuando Espinoza Dueñas insiste en la palestra hace un buen número de años) el conjunto pictórico mostró más vacíos y fallas que logros y cuadros plenos. La visión general dió la pauta de un espíritu que no sabe dónde quiere ir, pero que busca sin descanso y trabaja sin desmayo. De ese modo, las opiniones técnicas tuvieron que adherirse al concepto del gremio más que al de personalidad. Los juicios estéticos estuvieron ausentes de las críticas suscitadas y nadie puso el dedo en la llaga. "IDEA", fiel a sus principios de insobornable respeto al porvenir cultural del Perú, va a formular algunas atingencias que sólo representan UNA opinión, pero tal vez la más sincera y la menos comprometida. En primer lugar, no sabemos a qué secretos diseños obedezcan los afanes de un grupo de noveles alumnos de Bellas Artes que, sin haber terminado sus estudios de oficio, sin haber logrado limar las asperezas inherentes a una serie de problemas no resueltos, se han abalanzado sobre nuestros salones de exhibición con el secreto deseo de obtener de golpe la consagración definitiva o la efímera popularidad. Y nosotros nos preguntamos: ¿puede, en momento alguno, juzgarse definitiva o definida una labor de premura, un trabajo apresurado, una pretensión inconclusa? ¿O es que nuestros artistas, o los que pretenden serlo, necesitan del apoyo de la masa, del gran público, del aliento multitudinario para perseverar en una intención? Tal vez la más grave culpa de los partidos totalitarios sea, en resumen, el de haber enarbolado los fueros de la mayoría como patrón euménico de juicio, como secreta aspiración de discernimiento. No basta que un cuadro sea bueno. Es necesario — se dicen estos artistas — que llegue a todos. Pero, ¿no será también una bastarda ambición de estar en boca de todos, de ser el tema obligado de las conversaciones cotidianas? Si lo primero, muy laudable, pero harto inefectivo. Si lo segundo, plena repugnancia. No podemos crear, no queremos admitir que nuestros jóvenes pintores envíen la popularidad de un Valeriano López o un Félix B. Cagnet. Entonces estaríamos disputando al cangrejo su marcha proverbial. Por otra parte, en todo alumno (literalmente hablando, ya que el artista siempre es alumno de sí mismo) está presente la reconversión, el consejo y la ayuda del maestro innombrable, pero reconocible. Más valdiera es una obra si, tres o cuatro años después de haber abandonado o concluido los estudios, se llega a un principio de búsqueda, aunque sea frustrada, aunque sea incompleta. Por qué así, si, ahí está el Artista. Pero, ¿cómo una muestra de cua-

dro circunstanciales, bonitos, arreglados, puede constituir un temperamento o denunciar una vocación? Por último, hay un problema que se ha planteado de modo irrenunciable a todos los intelectuales o artistas de la época actual: el problema humano. Si no hay amorosa transfiguración entre la mano y el pincel, si la nota no implica la catarsis de la armonía interior, si la palabra no entraña una telúrica correspondencia con el concepto, entonces sólo habrá cuadros vacíos de contenido, músicas de hueca resonancia, libros de bella y falsa retórica. Hay cuadros, paisajes por ejemplo, que tienen un problema humano planteado, que tienen todo un drama implícito. Y hay retratos, como el del Sr. Leonardo Altuve Carrillo, de la Exposición que comentamos, o del Sr. Francisco Moncloa, que nos resistimos a suponer al margen de una eventual contingencia,



"CABEZA", por Espinoza Dueñas.

de una circunstancial necesidad. En estos casos hemos contemplado vacíos... nada más que vacíos. ¿Qué el verde acompañó al rojo, o que la diagonal izquierda dominaba el encuadre lumínico total? Eso son pamplinas, trivialidades, volátil espuma verbal. Sería lo mismo que defender un libro porque el adjetivo acompañaba siempre los adverbios, o porque los ritmos fraseológicos espaciaban la aparición de un personaje. Sólo hay un retrato ("El amigo Montoro") que ha de vivir un poco más. Pero no es por la técnica, precisamente.

Un crítico local, que debe tener un concepto muy particular del paisaje, seguramente influenciado por don Rómulo Sessarego, ha creído encontrar en Espinoza Dueñas una sutil disposición al paisaje. 5 paisajes de Arequipa (elaborados en 6 días) constituían la muestra más reiterada. No obstante, el Paisaje de Caima, vacilaba en el folklorismo o en el inofensivo y cursi "color local", el Pai-

saje de Tingo compendia una reiteración de motivos con resultado asaz perjudicial, y sólo una vista del Chachani y una visión de Paucarpata dejaban vislumbrar una intención. Mas, el paisaje (género difícil, si los hay) no es el más adecuado al temperamento de Espinoza Dueñas. Primero, porque su idiosincracia de marcado personalismo y figuración, le impedirá siempre colocarse en ese segundo plano necesario para hacer ver a otros cualquier paisaje: sea externo o anímico. Siempre habrá un monocorde aviso de su persona que, en última instancia, deslucirá sus intentos. En segundo lugar, porque el dominio de colores (todavía está en la fase de dibujar y pintar con colores ya listos, ya que no ha re-descubierto la fabricación de los mismos o el trabajo de años para adentrarse en su empleo) le traiciona demasiado frecuentemente: de ahí su obsesión por los verdes (Retrato de Aristides Hederia), por los amarillos desleídos (su 'Autorretrato') y por los azules inconformes o los rosados inadecuados ("Bodegón de la maceta" y "Rosas"). Por último, la preponderancia de los motivos, aislados, celulares, que le encaminan más bien a la Composición o a los 'Esbozos'. Así por ejemplo, hay un "Torito de Pucara", grácil, ingenuo, tierno, adecuado. Ahí lo vemos de pie. Pero en "Paisaje del Fundo Martute", otra vez la improvisación, el apuro, la prisá por hacer... lo que aún no ha germinado dentro de él mismo.

Hay un rasgo de este alumno de la Escuela de Bellas Artes: la inquietud. Suponemos el mismo incentivo en sus compañeros de Escuela. Ese desasosiego se evidencia en un "Cristo", de rasgos precisos, sencillo y harto expresivo. Y hay una "Cabeza", que signó con el número 17 en el catálogo, de reminiscencias muy próximas, que encontramos plena de carga eléctrica, saturada de amor y comprensión. Días después confirmamos este aserto al conocer, más íntimamente, sus causas. Por eso, no más "Bodegón del Pez", o "Florero Azul". Tal vez, el camino de aquel "Muelle de Huacho" o la "Vista de Pucucana". Pero no con el afán de hacer paisaje... eso viene después. Por ahora, y durante mucho tiempo, hay que concentrarse, Espinoza Dueñas, hay que trabajar mucho, tanto, que parezca eterno el camino de la espera. Y sin pausas, cuando menos lo espere, un día cualquiera se encontrará Ud. libre de ambiciones, de espaldas al aplauso y hurgando tenazmente, intensamente, su pupila y su pincel. No sabrá si pinta o no. Estará dando expresión a esa Sinfonía Inconclusa que es la vida de todo Artista. Para que más que nunca sea verdad el bello apotegma del inefable Wilde: "El crítico educa al público; pero el Artista educa al Crítico".

M. S. M.

## REVISTA MEXICANA

POESIA DE AMERICA, ha mantenido su regularidad. Honorato Ignacio Magaloni y Gustavo Valcárcel, sus Directores, han publicado ya los números 2, 3 y 4. Pese a que el intercambio entre IDEA y POESIA DE AMERICA, ha sido un hecho desde su aparición, no hemos transcrito en este número poema alguno, debido a com-

promisos anteriores con otros poetas de la madre tierra americana. Nuestra próxima entrega consignará algunas poesías que han visto ya la luz en la magnífica revista que Magaloni y Gustavo publican con tanto éxito cualitativo. En un ambiente tan propicio como el mexicano para toda empresa de cultura, POESIA DE AMERICA

representa esfuerzos estéticos que no pueden pasar desapercibidos. La obra de vinculación y presentación que Gustavo Valcárcel mantiene en la revista que comentamos es digna de elogio y apoyo. Así por ejemplo, en el número 4 ha consignado un poema de Alberto Escobar que ha dado a conocer su nombre entre los ambientes más

avanzados del continente. Cosa que no habría conseguido por otras rutas que la que comentamos. Por otra parte, la enorme estatura de poetas de Magaloni y Valcárcel garantizan la probidad y selección de las páginas recibidas.

M. S. M.

## Libros de "Plaisir de France"

HAITI. Poètes noirs.— P., Ed. du Seuil, 1951.

Este interesante volumen, con ilustraciones fotográficas características, presenta no solamente a poetas haitianos sino también textos sobre la civilización, las costumbres y la vida en Haití. Numerosos autores, entre ellos Métraux, Michel Leiris, Aïme Dion, Fierre Naville, Odette Menesson-Rigaud, S. Combaire-Sylvain, Langston Hughes y otros, han colaborado en esta antología.

ECOUTE, MON AMI.— Por Louis Jouvét.— P., Flammarion, 1952. Ilustraciones de Christian Bérard.

Jouvét pensaba, sin duda, en Valéry (al cual cita numerosas veces) al escribir estas breves notas que tienen la misma presentación tipográfica que los RUMBOS. No se trata de un libro didáctico. El gran actor teatral evoca en ellas — con una gran simplicidad y muy a menudo hasta en estilo telegráfico — lo que muy bien puede llamarse su ideal. Sugiriendo que se lea con cordialidad, Jouvét refiere aspectos y secretos teatrales. Y eso contribuye a que este pequeño libro sea singularmente atractivo.

LA CREATION CHEZ STENDAH.— Por Jean Prévost.— Prefacio de Henri Martineau.— P., Mercure de France, 1951.

Martineau nos recuerda que este ensayo de Jean Prévost fué presentado como tesis para el doctorado de la Facultad de Lyon, en 1942. Es la conclusión de numerosas búsquedas, pero sobre todo de una lectura reiterada y metódica de la obra misma de Stendahl. Es el testimonio del constante comercio mantenido por un escritor con su maestro en pensar, en sentir y en escribir. Las circunstancias bastarían para explicar el hecho de que la Universidad haya premiado el trabajo que comentamos, aun cuando carezca del andamiaje de siempre: referencias, índices, bibliografía, documentos complementarios, etc. Pero la obra es de una calidad tan excepcional que, aun en tiempos menos turbulentos y aun cuando aparezca vinculada a métodos que desde luego han sido sometidos a prueba, el premio fué el reconocimiento a sus enseñanzas y al espíritu que la anima. Nada indica que su forma definitiva haya podido producirse bajo la presión de los acontecimientos. Puede haber influido, asimismo, los servicios que el autor prestara a la "Resistencia" contra los alemanes. Su muerte privó a la Literatura de la mente más organizada de su generación. Como Stendahl, jamás hizo distinciones entre la belleza y la verdad.

L'HOMME REVOLTE.— Por Albert Camus.— P., Gallimard, 1951.

"La rebelión, dice Albert Camus, nace del espectáculo de la inconformidad ante una situación injusta e incomprensible". Y el paso por el absurdo da a la rebelión su verdadera fuerza, como el paso por la duda prepara, en los filósofos, los valores del conocimiento. De esta suerte, una meditación de la rebelión se eleva al rango de una metafísica, pero Albert Camus no se entrega a una posición abstracta del problema. Su libro se anima con los ejemplos más concretos y variados. Estudia la rebelión en todas sus formas: el regicidio, el deicidio, la lucha contra los tiranos. Pero es en el Arte que la rebelión aparece "fuera de la historia", "en estado puro". La "poesía en rebelión" motiva páginas muy personales. Para Camus, la rebelión de Lautreamont es "adolescente", Jarry es un "dandy metafísico". El libro concluye con un capítulo titulado: "El pensamiento de mediocridad", donde Camus dice: "Más allá del nihilismo, todos nosotros, entre las ruinas, preparamos un renacimiento".